



MI ÁNTONIA

Willa Cather

POR: LAURA SEGOVIA CLAVER

1. *MI ÁNTONIA*, W. CATHER. 2004
p. 5.

Aquí tienes lo de Antonia.
¿Todavía quieres leerlo?
Lo acabé anoche. No lo
he corregido; simplemente me he
limitado a escribir todo lo que su
nombre me recuerda. Supongo que
no tiene forma alguna.”¹

La primera generación de inmigrantes rompe siempre todos los esquemas sociales, no sólo por mantener las costumbres de su país de origen, incomprensibles y extrañas para los demás, sino porque las penurias y dificultades obligan a todos a colaborar, a trabajar para ayudar a la supervivencia de la familia. Son años difíciles, en los que todo lo superfluo y ridículo de la vida social pasa a un segundo plano. Aparecen casi como animales para sus vecinos, pero cuando se pasa hambre y frío, cuando no se tiene nada, nadie se preocupa por el decoro. Esto debió ocurrirles a los pioneros europeos a su llegada al nuevo mundo, esto es lo que le ocurrió a la familia de Antonia.

Antonia es la mujer que da nombre a la gran obra maestra de Willa Cather, publicada en 1918. Es evidente que la propia Cather debió conocer a una Antonia durante su vida en las praderas; la simplicidad y sinceridad con las que está escrita la novela están tomadas directamente de ella, la poesía de las descripciones de los paisajes, la emoción cándida y sencilla, la fuerza arrolladora de la historia o la nostalgia sólo las pudo inspirar Antonia. Sobre todo nostalgia. La obra rebosa nostalgia, casi tristeza por el desmoronamiento paulatino de la vida que Cather conoció, una vida inocente y honesta. Sentimiento que comparte Antonia por su tierra, o cualquier lector adulto que haya tenido que crecer.

Antonia deja su Bohemia natal con su familia buscando una vida

mejor en las tierras de Nebraska. Se va con la edad suficiente como para poder llevarse unos cuantos recuerdos que rumiar toda su vida y contar en forma de exóticas historias casi míticas, pero es lo único que se lleva. Deja su vieja Europa, que sobrevive como un mecanismo oxidado por el peso del tiempo y la tradición y llega a la tierra de la libertad y lo nuevo. ¿Cómo de diferente habría sido nuestra Antonia si en vez de haber tenido que crecer y trabajar se hubiera quedado tranquilamente en Bohemia escuchando a su padre tocar el violín en el jardín? Las preocupaciones habrían llegado, porque siempre llegan, pero más tarde. Pero emigró a la América más profunda y salvaje, donde el cielo y la tierra son tan grandes que casi borran al ser humano. Emigró arrastrada por su madre, no sabemos si ella quería o si lo hubiera hecho por su cuenta al crecer y quedarse sin futuro en Europa, aunque si naces pobre probablemente lo sigas siendo siempre, da igual a dónde vayas. Viajan primero en barco hasta América, luego en tren recorren el eterno paisaje de montañas, ríos y llanuras desde la costa al interior, hasta bajarse en una estación de tren del pueblo de Black Hawk, idéntica a todas las demás, y seguir en carro hasta unas pobres tierras que habían podido comprar. Todo es nuevo, desconocido y grande, todo es diferente. En Black Hawk hay muchos inmigrantes europeos, pero eso no hace su vida más fácil; durante los primeros años hasta que se terminan de poner las cosas en marcha uno está solo contra el hambre y el frío. Son años difíciles para todos, de mucho sufrimiento y ninguna facilidad. Antonia ve a su querido padre, el señor Shimerda, dejarse morir de pena por su Bohemia. No soporta el cambio, no entiende el nuevo mundo, muere sin haberse adaptado. Muere sin haber aprendido inglés.

No es lo único que pierde Antonia. La época difícil, como después la recordará, también le roba su niñez. Aunque tiene la suerte de tener toda la vida para descubrir estas tierras nuevas, de comprender su forma de vida y hacerlas suyas, el precio es muy alto. Tiene que crecer demasiado deprisa para cuidar a sus hermanos pequeños y ayudar a la supervivencia de la familia. En cuanto adquiere el físico necesario deja la escuela para ponerse a trabajar en el campo a las órdenes de su hermano mayor, ahora ya no puede aprender, tiene que trabajar como un hombre.

Otro aspecto que se deja a un lado en épocas de dificultad, o por lo menos se suaviza, son los roles asignados a cada género. Estos se acentúan a medida que se clasifica la sociedad y se asciende por las capas sociales, pero en todo el mundo, en el tercer estamento trabajan las mujeres codo con codo con los hombres en el campo. Porque si no se tiene nada ¿qué mujer va a dejar de coger una azada y trabajar en el campo por miedo al qué dirán? Antonia, viniendo de una pequeña ciudad de Bohemia nunca habría tenido por qué trabajar al aire libre. Probablemente habría trabajado en un pequeño taller o en una taberna, siempre bajo techo como correspondía a la mujer, pero las dificultades la obligan, como a tantas otras niñas inmigrantes, a colgar el delantal y a apacentar el ganado o arar los campos, escandalizando a las buenas gentes del lugar. En una sociedad así donde el hombre es indiscutiblemente el cabeza de familia, llama la atención la labor silenciosa e imprescindible de la mujer. El hombre trabajaba de sol a sol, la mujer incluso por la noche seguía haciendo conservas de alimento o cosiendo pieles para abrigar a su familia.

Las penurias y el trabajo en el campo o en la casa la hacen dura, fuerte y madura. No es femenina, no levanta pasiones como otras chicas ni coquetea con el mundo. Se abre camino con firmeza, con su azada y sus manos desnudas. Es bonita a su manera, tiene el atractivo de la mujer fuerte y libre de la que los hombres se intentan aprovechar pero con la que nunca se casan.

Antonia no se para a reflexionar sobre todo esto, no tiene tiempo, tiene que trabajar. No se siente sometida por su hermano mayor, por el peso de la responsabilidad, la familia y una adultez impuesta que ha llegado de repente. Se siente culpable por no poder trabajar como un hombre. Es peor que su hermano porque él puede arar mucho más rápido que ella. Asume perfectamente el papel que le corresponde en su familia y en la sociedad. No se replantea las normas o los roles sociales impuestos, tiene que trabajar.



Antonia es una de esas personas anónimas gracias a las que el mundo sigue girando. Es emigrante y es mujer, no sólo no habla la lengua del nuevo mundo, tampoco habla la lengua de los hombres, pero es fuerte y se adapta a todo para sobrevivir. Antonia no es mía ni de nadie, su firmeza y su madurez la hacen libre, es sólo suya. Al contrario que muchas otras chicas emigrantes de su edad, ella no dejó nunca a los suyos para buscarse un futuro mejor por su cuenta. Siguió en las praderas que la vieron crecer, mejorando poco a poco su calidad de vida. Sigue arando las tierras y plantando ciruelas para hacer conservas, ajada por el paso del tiempo, pero con la fuerza de siempre. Desde luego Antonia puede no estar a la altura de las grandes heroínas de la literatura, no lucha para cambiar el mundo, no tiene grandes conflictos interiores, pero recoge a todas las personas que no pasarán a la historia. Es imprescindible para entender la realidad, el día a día de la gente anónima y sobre todo el de las mujeres. Representa a todas las mujeres emancipadas a través del trabajo. Antonia es tu abuela, tu vecina o la señora de enfrente en el metro. Antonia es la mujer pionera.